

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—Dijo que volviéramos el jueves. ¿Te acordarás, Bonifacio?
—Ya he hecho un nudo en el pañuelo.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

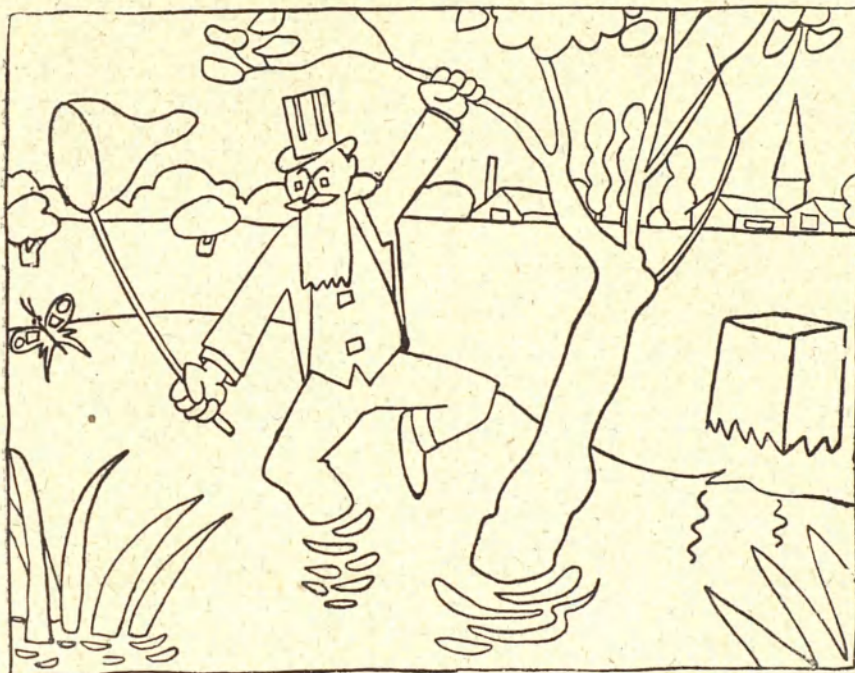
LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS LEYER y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de agosto

Solución y premios



He aquí la escena campestre que se ocultaba en el laberinto.

Señores concursantes: Después de examinadas una a una y con mucho detenimiento todas las soluciones, podemos decirles a ustedes que las que más se aproximan al dibujo original de Sama, que aquí reproducimos, son las de los siguientes señores: Juan Ruiloba, Madrid; Isabel Martínez Escudero, Madrid; J. L. Fuentes Oniva, Granada; Pedro Giménez Landi, Madrid; Pilar Martínez Meléndez, Madrid; Teresa Rodríguez, Ferrol; pero no se pongan ustedes muy contentos, porque la solución de **D. José Alonso de la Cruz, de Madrid**, y la de **D. Enrique Nadal, de Valencia**, están colosales, y como el Jurado examinador es de una justicia también colosal, no ha dudado un momento en poner a la disposición de los susodichos solucionistas las **DOSCIENTAS PESETAS** del premio, que pueden recoger presentando su cedulita en esta redacción, de cuatro a ocho, cualquier día laborable.

¡Enhorabuena, y hasta el mes que viene!



Enrique Nadal. (Valencia.)



José Alonso de la Cruz. (Madrid.)

SOLUCIONES PREMIADAS

VARON DANDY

*ESTA MAÑANA
al levantarse
qué ha hecho Vd.?*



*Si no ha limpiado sus
dientes con*

**Pasta Dentífrica
"Varón Dandy"**

(única preparada para fumadores
contra la nicotina)

*ni se ha afeitado Vd.
con*

**Crema de Afeitar
"Varón Dandy"**

(la más rápida, la más cómoda, la más
higiénica)

*puede Vd. decir que
ha perdido el tiempo.*

¡Palabra!



VARON DANDY

CUPON

correspondiente al núm. 462 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a to-
do trabajo que se nos re-
mita para el concurso per-
manente de chistes o como
colaboradores espontáneos.

CANAS



Invento Maravilloso

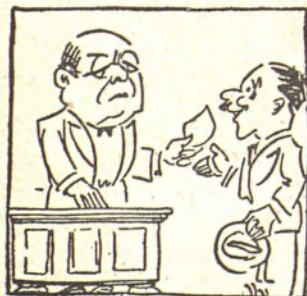
para volver los cabellos blan-
cos a su color primitivo a los
quince días de darse una lo-
ción diaria. Su acción es de-
bida al oxígeno del aire. No
mancha la piel ni la ropa. Se
aplica con la mano como una
loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

LOS BILLETES DE FAVOR EN LOS ESPECTACULOS



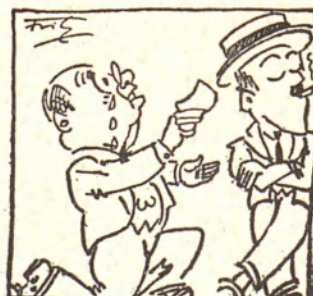
En otoño



En invierno



En primavera



En verano

(De Candide.—Paris.)

REPORTAJES ALIMENTICIOS

Robo del diplodoco del Museo de Historia Natural

La primera noticia.—Impresión en la barriada de Cuatro Caminos (donde tienen ustedes su casa).—No tenía parientes.—Una anécdota que se contará otro día porque hoy hace mucho calor.—Hablando con González.—Inducciones, deducciones (todo sin presumir de guapo).—El hombre con perfil de ciclista y traje marrón.—Atavismo y estiércol.—Nada más.

La primera noticia.

El sábado, cuando más brillante era el despacho de medios chicos en todas las tascas comprendidas entre los números dos al ciento ochenta y cuatro de la calle de Bravo Murillo, comenzó a circular por su mano derecha y tocando la bocina una intranquilizante noticia. El diplodoco del Museo de Historia Natural había desaparecido lo que se dice sin dejar la más leve huella. Eran justamente las nueve y veinte cuando se conoció la noticia. Diez minutos más tarde, el reloj hizo ¡pam! y dió la media, y como a las diez y cuarto tocaba la Banda municipal en Rosales se hicieron varias conjeturas.

Impresión en la barriada de los Cuatro Caminos.

Según los técnicos, la impresión que reina en la barriada de los Cuatro Caminos desde que se conoce el suceso es sólo comparable a cuando se quedan sin circulación todos los diecisiete por Fuencarral

y por Hortaleza. El diplodoco contaba con numerosas amistades en el bético distrito; así que al ser sabida su desaparición, en el acto fueron incendiados como un solo hombre veinte automóviles—por fortuna casi todos Ford—que ardieron sin oponer mucha resistencia.

Una dama que habita en la calle de Topete, de gran arraigo en la localidad, emitió casi sin pensarla esta intranquilizante y bella interrogación.

—¿Tenía madre el diplodoco?

La oportuna y tierna pregunta des-

ató en el acto la angustia entre las madres lactantes del cantón, que en el acto se organizaron en manifestación sentida y a media gala para ir a dar el pésame a la distinguida y atribulada progenitora del desaparecido, la cual no fué hallada en su domicilio porque según noticias que facilitó el Parque de Bomberos resulta que se ha muerto así como doce siglos antes que Nue.

Hablando con González.

González es el mozo del Museo de Historia Natural encargado de los huéspedes de postín. Lleva veinte años en la casa y comiendo por las noches alubias, y ha convivido durante catorce con el diplodoco. Le interrogamos:

—¿A qué achaca usted lo sucedido?

—¡Hombre, también "tié" usted cara dura!—responde a través de una cofilla que lleva atornillada al labio inferior.—Eso no lo sabe ni el señor Torres Quevedo, que es bastante despejado.

—Vamos a ver, usted que ha vivido tan unido al diplodoco, ¿qué vida llevaba el gachó?

—Ejemplar.

—¿Salía por las noches?

—Nunca.

—¿Se le conocían amistades peligrosas, compañías poco edificantes?

—No, no...; es decir me da usted una idea...

—¡Diga, diga!

—Tós los domingos venía aquí un fulano con tipo de ciclista y traje marrón que... no sé si voy a decir una bestialidad, pero fijándose despa-



Dib. SILENO.—Madrid.

cio en él me infunde sospechas...

—¿Sospechas de qué?

—Por lo menos de que era más idiota que rascarse un zapato. Verá usted. Este socio venía tós los domingos en cuanto que se abría el Museo, entraba sin saludar, cruzaba las salas sin detenerse y se metía en la habitación del diplodoco y allí se estaba hasta la hora de cerrar.

—¿Qué raro!

—Y más entodavía sus conversaciones con el animal.

—¿Hablaban con él?...

—Lo que se dice con él no me atrevería yo a afirmarlo, pero en voz alta sí que decía cosas. Algo semejante al

monólogo; usted ya se hace cargo, ¿verdad?

—Como si se tratara de un vagón de radio. ¿Y qué decía?

—Yo le he oído varias veces exclamar: "¡Tengo los riñones hechos polvo!"

—¿Nada más?

—Sí, y esto: "¡Esta tarde, a las cuatro, cazaremos el reno!", y esto: "¡Yo me carajeo de los guardias del tránsito y del cuello de pajarita!"

—¿Eso es muy interesante!

Inducciones y deducciones.

El hombre que se pasa los domin-

gos contemplando un diplodoco es memo desde los riñones para arriba (Sócrates).

Y si, además de esto, el hombre tiene tipo de ciclista, la memez se recorta en un fondo de cacoquimia alarmante. (Platón y Pérez Fernández).

El hombre con perfil de ciclista y traje de marrón.

Ya sabemos quien es: Nicasio Ricartúa y Ricartúa, de Sacedón y sin cédula.

Vive en un tejaz de la carretera de Francia, mano derecha, según se va a Bayona, salvo que el que vaya sea zurdo. Se dedica provisionalmente a no hacer nada. Nos ha recibido bastante bien y nos ha dicho campechanamente:

—Lo único que me molesta es sacar la cédula; por lo demás, no tengo ningún inconveniente en decirle que yo soy el que se ha llevado debajo del brazo el diplodoco. Soy arqueólogo y traperero. No comulgo con las ideas del siglo. ¡Me cisco en la civilización! Quisiera haber nacido en el período paleolítico y vivir envuelto en una piel de reno. ¡Soy un alma prehistórica embalada en un traje de dril, y he robado el diplodoco, porque es el único ser con quien puedo entenderme y jugar al mus! Lo tengo en la alcoba. Pase, pase...

Me hace penetrar en la alcoba, feliz prolongación de la era del mamouth. Allí, en una acertada y logradísima reproducción, hay de todo lo que debió haber en la prehistoria, incluso una mujer de color negro-humo-dé-cincuenta, que me enseña los colmillos al entrar, y un retrato de don Víctor Pradera. Este, bastante reciente.

Comprendido. Un caso de atavismo. Hay muchos. Me tapo la nariz, saludo y salgo camino del equipo de desinfección, donde no me admiten ni la tarjeta.

Nada más.

Lo cual quiere decir que aquellos de mis lectores que sean así, pueden largarse inmediatamente al cine. ¡Allá películas sonoras! Pueden ustedes retirarse.

L. PIELTAIN

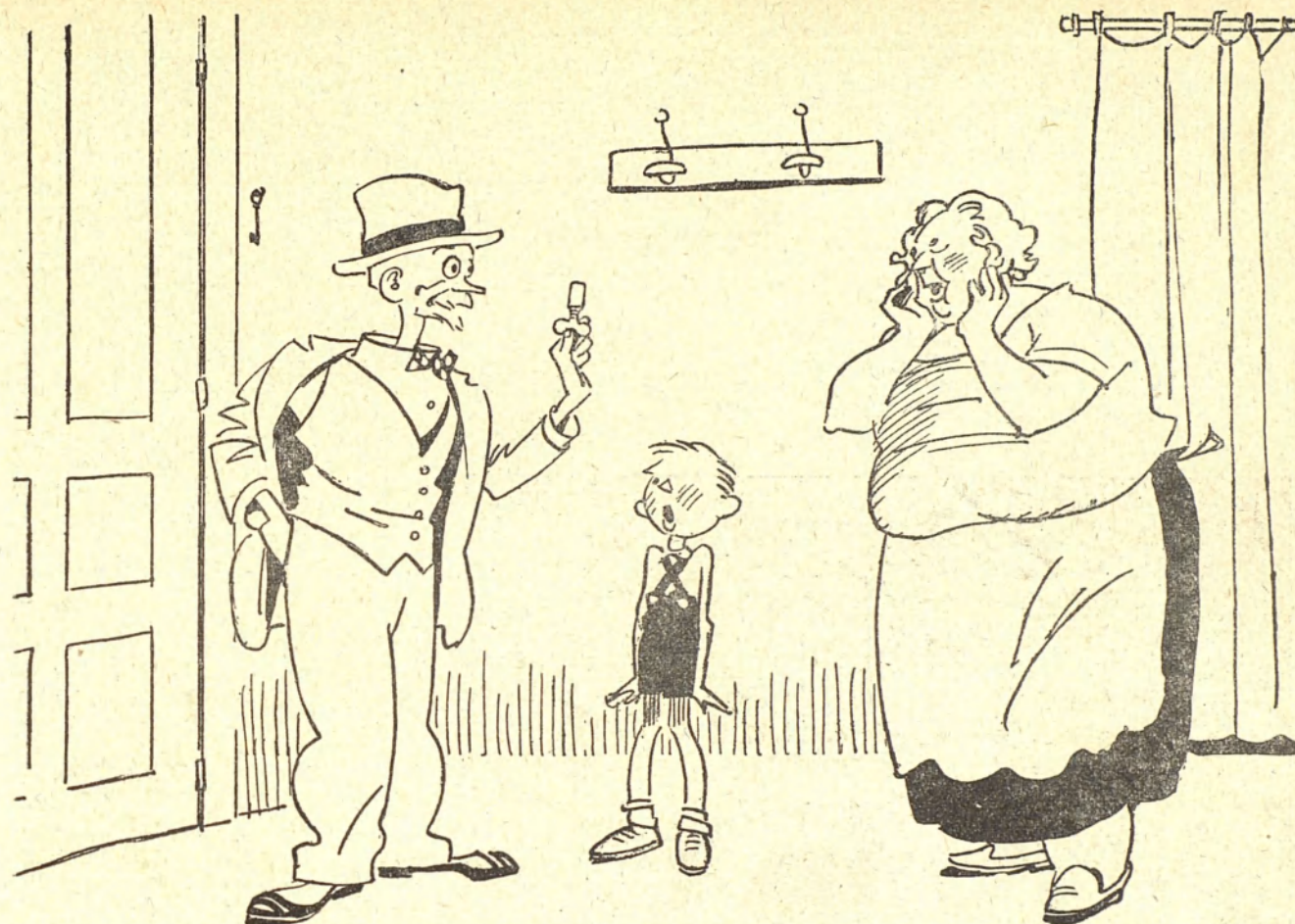


I. CUESTA

—¡Le juro que es usted la primera mujer a quien amo!

—¡Ay, calle, por Dios! No me hable de una juventud que de tal modo ha desperdiciado usted.

Dib. CUESTA.—París.



El oficinista.—Ya puedo ocupar el puesto que deja vacante el presidente del Consejo de Administración. ¡Tengo en mi poder la llave del wáter!

Dib. AREUGER.—Madrid.

LA SEÑORA DE RODRIGUEZ

—¡Mi marido está loco, don Juan querido!
 ¡Se le fueron los sesos a mi marido!
 Desde que las coronas de medio mundo
 fueron de los abismos a lo profundo
 y quedan pocos reyes en toda Europa
 y el "bolocheviquismo" va viento en popa
 y los republicanos están contentos
 porque creen que ya faltan pocos momentos
 para que el Rey, cargado de tantos "planes",
 se nos largue a las Pampas o a los Balkanes,
 sin comprender acaso que todavía
 tenemos mucha gente que se opondría,
 está el pobre Rodríguez, aunque ya es viejo,
 que no cabe en los trozos de su pellejo.
 Va a ver todas las noches, muy decidido,
 a Lerroux, a Lezama y a Castrovido,
 y ha escrito a Barriobero varias misivas
 pidiéndole con frases muy expresivas
 para el día en que logren cantar victoria
 que "nos" den el gobierno civil de Soria
 (y quien dice de Soria, dice de Oviedo,
 de Albacete, de Cádiz o de Toledo).

puesto que todos saben que fué mi esposo
 quien un día, en la tasca del "Tartajoso",
 tal discurso hizo contra la monarquía
 que cuatro jugadores de más que había,
 separando los reyes de la baraja,
 los echaron al fondo de una tinaja.
 Por de pronto estos hechos, don Juan querido,
 prueban lo exagerado que es mi marido:
 En vez de la corona que en una muela
 le iba a poner el sabio doctor Almela,
 quiere que, sobre el hueso, Ruiz (don Remigio)
 le ponga en estos días un gorro frigio.
 Ahora bien... Y perdonen por tanto abuso:
 ¿cree usted que mi Rodríguez es un iluso?
 ¿cree que podré ser pronto gobernadora,
 o es ilusión tan solo?—¡Quía, no, señora!
 No es ilusión—la dije—¡qué desatino!
 Ya va el cambio de cosas por buen camino.
 Pero por el momento no se impaciente...
 ¡y aguarde usted sentada tranquilamente!

JUAN PEREZ ZUÑIGA

El arte de ser fuerte, bello, sano, psicológico, padre, madre, marido, moral, listo y durmiente

Estamos como queremos: por diez o quince duros, resueltos los problemas de la vida... ¡Qué progreso, Dios nuestro, qué progreso!

Nos hemos parado ayer a ver el escaparate de una librería; y en aquel solo escaparate—¡en un solo escaparate de un solo establecimiento!—hemos encontrado doce obras—¡doce nada me-

nos!, todas juntas; recién nacidas todas—que vierten en nosotros, como chaparrón de esperanza, como ducha prometidora de ventura, el optimismo rotundo de sus títulos.

Las obras, los autores y los títulos van a continuación, copiados literalmente, para que los lectores se convenzan de que no atestiguamos con muer-

tos; sin que esto quiera decir que atestigüemos con vivos.

Las obras son las siguientes:

Doctor Lorand: *El arte de prolongar la juventud y la vida.*

Doctor Jaff: *El arte de conservar el amor sexual en el matrimonio.*

Doctor Arteaga Pereira: *Impotencia y moralidad.*

Doctores Ondinot y P. Jagot: *El insomnio vencido.—El arte de dormirse fácilmente, a pesar de los ruidos, de las preocupaciones y del dolor.*

Doctor Arteaga Pereira: *El arte de ser madre.*

Doctor Hesnard: *Psicología homosexual.*

Doctor Chapotin: *Los definidores del amor.*

Doctor René Vaucaire: *La mujer.—Su higiene, su salud, su belleza.*

Doctor Anselmo González: *Nacimiento y evolución de la inteligencia.*

Henslowe: *Fuerza, belleza y salud para todos.*

Doctor Juarros: *La crianza del hijo.*

Madres: siguiendo las normas de este libro, harás de tu hijo un hombre fuerte, activo, hábil para todo: un hombre integral. Siguiendo las normas de este libro, tu hijo triunfará en la vida.

¿Quién deja de entusiasmarse al ver todas estas cosas en una mañana clara, dorada por el sol de los membrillos; mañana de oro y azul: azul en el firmamento, y oro en el aire y en las hojas y en la tierra?... ¿Qué importa que en los bolsillos no tengamos oro alguno, si por doce o quince duros podemos ya tener resuelta la vida entera?

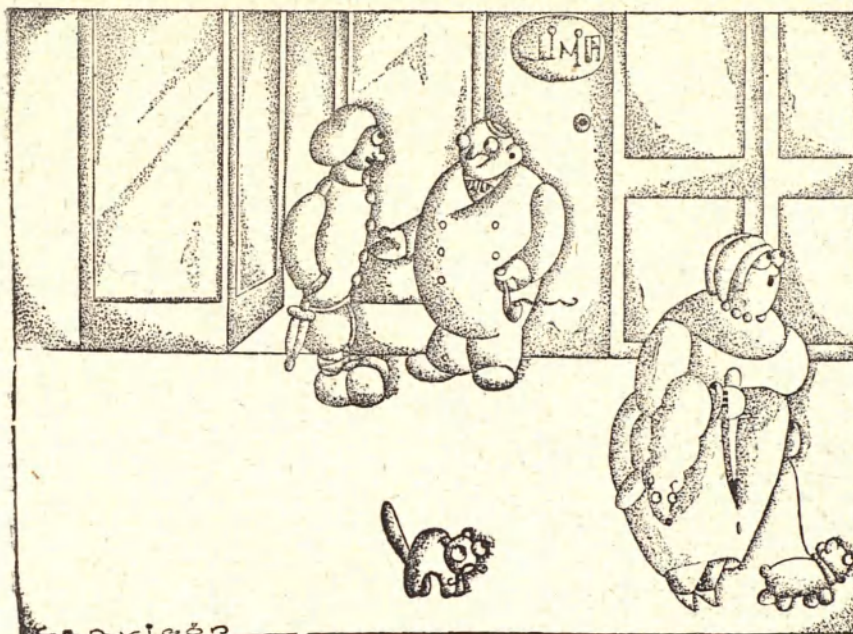
Primero nos levantaremos y cogeremos el librito de Henslowe, *Fuerza, belleza y salud para todos*. Pudiéramos coger, antes de nada, en calidad de intelectuales que somos, el libro de don Anselmo: *Nacimiento y evolución de la inteligencia*. A nosotros, realmente, nos vendría de perlas que le diera por nacer y por evolucionar en la caja craneana de nuestra propiedad a la señora inteligencia. Pero, ¡ay!, el que más y el que menos se siente, llegado el caso, doctor Faus-



—¡Caballero, va usted en primera con un billete de tercera!

—¡Qué distraído soy! Creí que iba en segunda.

Dib. TAULEL.—Madrid.



—¿Qué tal va la funeraria, doctor Ruperto?
—Estupendamente. Todos los amigos médicos que tengo, me recomiendan a sus clientes.

Dib. CERVIGÓN.—Valencia.

to: preferimos ante todo ser fuertes y ser bellos, y disponer de salud. Sin eso, lo demás, como si nada. La inteligencia ya vendrá, Sr. González.

Así que, nos agarramos al librito susodicho, y, ¡zas, zas, zas, zas, zas!, adquirimos la fuerza de Hércules, la belleza de Apolo, antes del derribo, y la salud de los clientes de Asuero.

Salimos a la calle triunfadores; nadie nos tose, porque tenemos la fuerza; no tosemos nosotros tampoco, porque tenemos la salud, y las damas se vuelven cuando pasamos, deseosas todas ellas de que no pasemos, sino de que nos quedemos con ellas, tal es nuestra belleza.

Sobreviene, por ende, en nosotros el consiguiente embarazo: *l'embaras de choix*. ¿Qué docena de señoras, escogemos nosotros, entre las doce docenas que están hechas polvo gracias a los efectos que en nosotros ha producido el libro susodicho?

Al sentir el embarazo recurrimos a ese otro libro del doctor Arteaga Pereira, que anuncia en su portada *El arte de ser madre*. ¿Se referirá este libro al arte de ser madres las señoras, o será que el progreso ha llegado hasta el ex-

tremo asombroso e imprevisto de que puedan también los señores, llegada la ocasión, proporcionarse con arte la ma-

ternidad sacrosanta? No estaría mal, no crean; tener hijos es algo envidiable; pero tener que tener y tener que mantener de por vida a una señora, si uno quiere tener hijos, resulta tan absurdo y oneroso como el que te vieras tú, lector, obligado a sostener constantemente una fábrica de calzado, por el solo y mero hecho de tener que calzarte botas. Tener hijos, sin tener la carga—a veces tan cargante—de la fábrica; puede que a eso se refiera este librito. Por eso lo estudiamos en seguida.

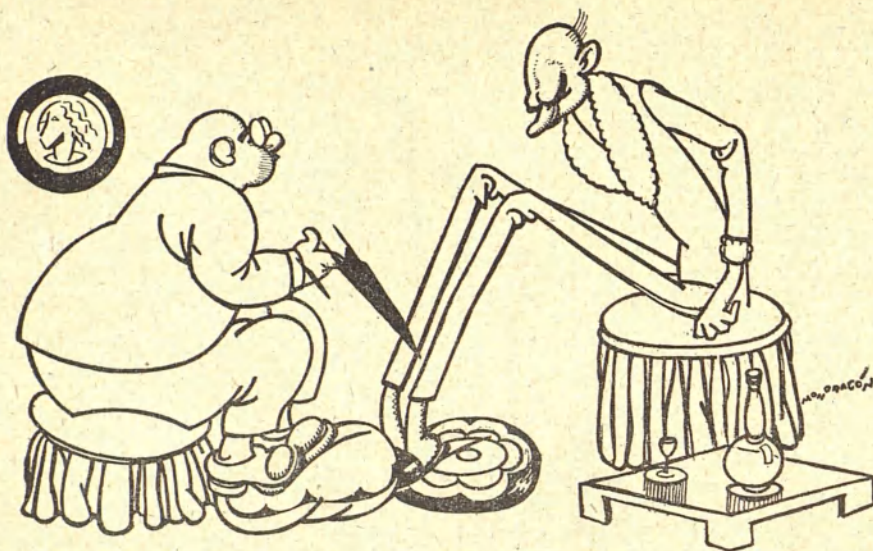
Luego, por asociación, cogemos el tercero: ese del doctor Hesnard, que anuncia en su portada: *Psicología homosexual*. ¿Nos compete a nosotros este libro? Nosotros, de *homo* tenemos algo; de *sexual*, también; pero ambas cosas juntas, ¿nos conciernen? Es este el único libro que no dice en la cubierta si se trata en él del arte de ser algo; pero suponemos que el estudio psicológico que contiene estará encaminado, una de dos, o al arte de ser del arte, o al arte de dejar de serlo..., y el de conocer a aquellos de nuestros prójimos que sean más o menos... psicológicos. Así que lo estudiamos.

Para compensar y aclarar nuestras ideas, recurrimos después al cuarto li-



—Ha dicho mi madre que me dé usted la sogá de tender la ropa.
—Dile a tu madre que he puesto a secar harina.
—Pero ¿es que en las sogas se puede secar harina?
—Sí. Cuando no se quiere prestar la sogá, se pone siempre a secar harina.

Dib. RABÁ.—Santander.



El médico.—Lo que usted necesita para ponerse bueno es retirarse de la bebida.

El enfermo.—Eso sí que es grave, doctor; yo creí que todo se arreglaría con una operación.

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

bro: *Los definidores del amor*, del doctor Chapotin. No basta, en efecto, la fuerza, ni la salud, ni la belleza, ni la psicología, ni el ser madres: hace falta el amor; y hace falta un amor bien definido.

Hasta ahora esta cuestión había sido, como todas las demás, de ser fuertes, y ser sanos, y ser bellos, un problemita

discolo y rebelde. Ya, no. Ya están todos los amores conocidos y definidos.

Lo malo es que hay muchos, que hay demasiados amores. Puesto a definirlos, es atroz la de amores que han salido. Nosotros estudiamos concienzudos y llevamos a la práctica el estudio de unos y otros.

La situación en que nos vemos al



—¿Qué tal va la clase de alemán? ¿Progresas?

—Ya lo creo. Al principio era yo quien no entendía al profesor; ahora es el profesor el que no me entiende a mí.

Dib. PILAR.—Madrid.

final de este grave estudio, es, en verdad, de compromiso. Caso grave. Pero hay libros para todo en nuestros tiempos. Le llega el turno ahora al del doctor Arteaga: *Impotencia y moralidad*. ¿Moralidad?... ¡Es verdad!... ¡No habíamos caído que también puede hacernos falta eso!...

¡Hay que recorrer toda la lira, qué demonio! ¿A qué privarse de nada?... Vamos a entregarnos a la moralidad; y, de paso, al matrimonio. Así como así, el doctor Laff nos va a iniciar en el arte de conservar el amor en el matrimonio. Se trata de un amor determinado, pero, en siendo amor, aunque sea nada más que uno, ya nos podemos dar por satisfechos.

De los hijos ya—¡gracias sean dadas!—no hay ni que pensar. Antes era un quebradero de cabeza la cuestión de los hijos; pero ¿ahora? No hay más que coger el libro que ha escrito el gran doctor Juarros, y aprenderemos allí la manera de que el hijo sea fuerte, activo, hábil: integral (¡para comérselo!), y de que triunfe en la vida. ¿Qué más pedir?...

Por parte de los hijos, nada, nada. Por parte de la cónyuge..., que sea—sí—pueda ser—tan fuerte, y saludable y guapetona como nosotros lo somos gracias al *manual* de nuestro querido Henslowe. También, efectivamente, se puede conseguir eso: el libro del doctor—todos son aquí doctores—René Vaucaire, nos resuelve este asunto importante: *La mujer*.—Su salud, su higiene y su belleza.

Una vez conseguidas estas cosas, ¿qué más pedir? ¿Que duren? Pues lean, “y no se demoren”, la obra de otro doctor, del gran doctor Lorand: *El arte de prolongar la juventud y la vida*.

Y ahora sí que ya no queda más que dormirse en los laureles y roncar a piedad suelta... Si algo os desvelara, no os apure: os leéis el libro de Ondinot y Jagot, ambos doctores; encontraréis allí, según ellos mismos dicen, *El arte de dormirse fácilmente, a pesar de los ruidos, de las preocupaciones y del dolor*.

A lo mejor el secreto de ese arte consiste simplemente en leer el libro.

MANUEL ABREU.

NUESTROS COLABORADORES



Brindamos a nuestros lectores un capítulo de la conmovedora novela en ocho refranes, "La niña del alcalde", original de nuestro querido colaborador Miguel de Castro, que está constituyendo la actualidad literaria.

Lo que es del agua, el agua se lo lleva

ría un salto de agua que había de poner toda la fábrica en movimiento.

Al salir de misa mayor, la gente, arremolinada en la plazuela, echaba pestes contra don Felipe Ruiz, dueño y señor de las vidas y haciendas, alcalde perpetuo y cacique de Villajara, propietario de la finca "Nuestra Señora del Socorro" y padre de la nunca bien ponderada Mari-Rosa.

Un grupo de jornaleros parados a la puerta de la taberna de José Cañas comentaba la empresa llevada a cabo por don Felipe:

—Asina jago yo muncha frábica, con lo inero y er suó e los probe—rugía la "Pelecha", un hombrecillo canoso y regordete, entornando los ojos para que el humo del cigarro no le cegase.

—Me páe a mí que tóo lo viyajareño vemo puesto ahí argo—sentenciaba el "Carpanta", otro jornalero larguirucho y endeble, con el rostro negro como el estezado—. Premita Dió—añadía con rabia—que cuantito principie a andá la ruea pesque po er goyote ar que yo sé. Y cuéntate que de tóo lo que mu pasa tenémo acá la curpa. Mu tá pero mú bien empleao.

—¡Y qué vamo jasé acá!—agregaba otro de los congregados, admirando con una sonrisa ingenua el valor de su compañero.

—Po tené una mijilla má e lo que tién lo sombre—vociferaba el "Carpanta"—. Tóo se mus güerve don Felipe pa arriba y don Felipe pa bajo, y torna y güerta. Y cuando vei a don Felipe, tóo su achantai, y venga salúo y reverencia, como si er jorná que mu da no lo suáramo acá con crese.

—¡Y mu bien dicho que tá eso—asintió la "Pelecha"—, porque no semo má que uno gayina. Yo, po mi parte, cuanti vea a don Felipe, ¿sabeí ustés?, le va a saluar la mare que lo parió, eso e.

—Y por la mía—gritó el "Carpan-

ta"—, qua ya tamo mu jarto que se mu explote.

—Pa eso y pa tóo poei contá conmigo—dijo otro de los reunidos.

—¡Y conmigo!

—¡Y conmigo!—rugieron los restantes casi a un tiempo.

En aquel instante apareció en el atrio del templo don Felipe, de tiros largos, muy enfundado en su gabán color de avellana y dando el brazo a su hija Mari-Rosa.

Al cruzar junto al grupo de los jornaleros, éstos, que habían enmudecido estupefactos, se cuadraron, sombrero en mano, y saludaron con tono de timidez:

—¡Guano día, don Felipe y la compañía!

—¡Vaya con Dió, don Felipe!

—Don Felipe, ¿se le ofrese asté alguna cosa?—gritó la "Pelecha", el más "revolucionario" de los del grupo, adelantando hacia el alcalde.

—Nada cabayeros, mucha gracia, y quedaos con Dios.

—¡Con Dió, don Felipe y la compañía—gritaron, conmovidos y unánimes, los feroces anarquistas.

Cuando el alcalde se alejó calle Real abajo, los jornaleros miráronse avergonzados unos a otros.

Yo, primero, sonreí. Después sentí gran piedad por aquellos esclavos que habían sido felices un instante, soñando con una libertad que estaban muy lejos de conseguir, y que se desvaneció, como los gigantes de la leyenda escandinava al lucir el alba en el Oriente...

Seguí al alcalde y a Mari-Rosa, guardando una prudencial distancia.

Bajo el sol fiestero, que vertía ráfagas de luz sobre las casitas enjalbegadas, veía relucir las ricas sedas del traje de Mari-Rosa, sus chapines de charol y su sombrilla grana, y avergonzábame luego al mirar mi pobre indumentaria de señorito arruinado.

M. DE CASTRO

PARA aquella tarde, que era la del "Corpus Christi", preparábase en el pueblo un acontecimiento digno de grabarse en bronce y esculpirse en mármoles: la inauguración de la importante fábrica de harinas "Nuestra Señora del Socorro", empresa gigantesca, allí desconocida, en cuyas obras habían trabajado centenares de obreros durante más de tres años.

Desde hacía meses, unos ingenieros y mecánicos, que fueran de Córdoba ex profeso, estuvieron montando la enorme maquinaria, armando turbinas e instalando poleas, mientras los pintores, también forasteros, ultimaban los detalles decorativos, así en el exterior como en el interior del edificio.

La fábrica hallábase situada en las afueras del pueblo, y su fachada blanqueaba entre el verdor de los chopos y granados que circundábanla. Delante cruzaba un arroyo entre maizales y carrizos, en cuya verde umbría, cercana al glogloteo del agua, hacían nido los ruiseñores. Junto a la parte posterior de la casa, y contigua al huerto, había una alberca bordeada de marciegas y juncos, donde cantaban las ranas y revoloteaban las libélulas.

A la izquierda de la puerta principal, y medio soterrada en una zanja, se veía la enorme rueda de cangilones pintados de rojo, sobre los cuales resbala-

EL ASNO DEL CONVENTO

(FABULA)

Un lego motilón, rollizo y basto, bebedor de aguardiente a todo pasto y fumador tenaz e impertinente, cuando el padre prior se hallaba ausente era por la Hermandad el encargado de ir todos los días al mercado a traerse de allí, en grandes serones, muy ricos y abundantes provisiones, que los frailes, con plácido contento, se engullían después en el convento, que en esto de comer con voraz gana brilló siempre la gente de sotana. Esto no es murmurar, pues, a mi ver, no tienen en la vida otro placer. Un día de Santiago, el tal leguito del convento salió muy tempranito con el asno que estaba destinado a cargar las vituallas del mercado. Allí el lego compró merluza, peces (porque no se paraba en pequeñeces), gallinas, por docenas, y jamones, garbanzos, coliflor, melocotones, diez azumbres de vino y avellanas, huevos frescos, cerezas y manzanas, tres cántaros de leche, patatas, por arrobas, y escabeche. De pan y de buñuelos no se diga; no dejó en el mercado ni una miga, porque el hambriento lego medio loco, todo para el convento érale poco. Al animal cargó con estas cosas, y, además, con diez losas para arreglar la entrada del convento, que tenía gastado el pavimento. El pobre borriquito iba sudoso, apenas respirando, y angustioso, dando al aire tremendos resoplidos que en todo aquel contorno eran oídos. Pero en fin, el pollino era sujeto, todo conformidad, todo respeto,

y pasito a pasito, y de protestas sin lanzar un grito, marchaba, maldiciendo de su suerte y pidiendo al Señor cercana muerte. Una sardina iba comiendo el lego; se cansó a la mitad y para luego la otra media dejó, que el frailecico echó sobre la albarda del borrico. El cual, ya declarándose agotado, en seco se paró, diciendo airado: "Hombre de corazón empedernido, ¿no ves que estoy rendido? Con la media sardina ya no puedo; quitámela, por Dios; mira que ruedo por la pendiente rápida en que vamos y ni yo ni los frailes hoy cenamos, porque las provisiones y tú mismo caeréis en la más hondo del abismo." "Ven aquí, rucio vil, caduco y malo —dijo el leguito enarbolando el palo—: ¿con que puedes con cientos de quintales y caminando vas sin dar señales de la menor fatiga, y porque añado media sardina más a lo cargado te niegas a seguir? En mi conciencia eso, más que cansancio, es insolencia." Y el asno respondió con triste anhelo, arrojando la carga contra el suelo: "Cuando el abusador se extralimita, quien es víctima de él protesta y grita al verse con tal saña maltratado, y no aguanta con calma y resignado, una vez ya cargado con exceso, ni siquiera un botón de pasta o hueso." Aprendan de esta fábula las gentes a no abusar jamás de los prudentes, pues la paciencia, al fin (cosa es sabida) se acaba, como todo, en esta vida.

Tomás LUCENO

UNA CATETADA

CUENTO ANECDOTICO

Cuando menos lo esperaba don Javier Reyes, el afamado abogado sevillano; cuando más atareado estaba en el planteamiento y resolución de los numerosos pleitos que a su bufete llegaban, al olorillo de su buena suerte en los Tribunales, para salirse casi siempre con la suya, una buena mañana se le presentaron como llovidos del cielo Pascual Aguilar y su mujer Mariquita Vázquez, ambos de Estepa y recién llegados a Sevilla.

Traían una carta de recomendación del alcalde de aquel pueblo, íntimo amigo de don Javier, que rezaba así:

"Mi querido Javierillo: Ahí te va esa famosa pareja. Son unos recién casados, buenas personas y adinera-

dos ellos, que van a pasar su luna de miel a Sevilla.

Como buenos catetos, van asustados y recelosos.

No saben nada de nada, ni han visto más mundo que este chiquito de Estepa; y yo espero de tu bondad que los alojes en tu casa y me los traigas y me los lleves por esa Sevilla —"Roma triunfante en ánimo y nobleza"— procurándoles diversión y sano esparcimiento, hasta que, pasados unos días, cansados ellos o cansado tú, los metas en el tren con rumbo a ésta.

No los dejes de la mano, que se perderían.

Cuanto hagas por ellos—y yo sé

que será mucho y bueno—te lo agradeceré de corazón, pues son unos parientes míos, muy allegados, a los que deseo todo el bien que quiero para mí.

Como no dudo de que sabrás complacerme, te anticipo las gracias y quedo, como siempre, a tu devoción.—Rafael Reina."

... ..

* * *

—Son ustedes parientes del granuja de Rafaelillo, ¿eh?

—Esta es su prima carná y yo primo segundo por parte de madre, pa serví a Dió y a usté.

—Se han casado ustedes hace poco, ¿verdad?

—Ante por la mañana, pa serví a Dió y a usté.

—Por lo que me dice el alcalde en esta carta, no conocen ustedes Sevilla.

—Asina mesmo.

—¿Y qué les ha parecido lo que han visto desde la estación acá?

—Un jaleo.

—¿Eh?

—Munchísima gente. Emasiá.

—¿Demasiada por qué?

—Porque es un mareo. Tanto dí y vení, atolondra.

—Desde luego hay más gente que en Estepa, amigo.

—Una jartá.

—Esto es un poco más grande...

—Una jartá.

—Bueno; pues... esta es su casa. Aquí tendrán ustedes mesa y lecho—basta que Rafaelillo me lo pida—y yo procuraré que lo pasen ustedes como unos príncipes, dentro de los límites de mis posibilidades, que, gracias a Dios, no son escasas.

—¿Cátala ahí! Ya nos dijo er primo Rafaé que era usté un barbián.

—Favor que me hacc. Pues vamos a trazar el plan para hoy. Por lo pronto voy a acompañarles a sus habitaciones; les dejaré perfectamente instalados, y mientras ustedes descansan y se arreglan un poco, yo termino unos asuntillos que traigo entre manos y me pongo a sus órdenes inmediatamente.

—Eso s'ha menesté, porque nosotros no salimos de este bujero si no nos acompaña usté. ¡Es mucha Sevilla esta Sevilla, y uno trae su dinerillo pa uno, y no está bien que se lo arrebañen en una bulla!

—No hay cuidado. Les llevaré a almorzar a la Venta de Antequera, daremos luego un paseíllo en el coche por el Parque y las Delicias, cenaremos en el Pasaje y por la noche veremos una funcioncita de teatro. Precisamente en el de San Fernando hay una buena compañía de comedias y hacen hoy una obra de Benavente. ¡Casi nada! ¡La purificación de la cancela teatral! ¿Hace el plan?

—U:é es mu dueño.

—Pues vamos a arriba. Pasaré yo delante para indicarles el camino.

—Usté es mu dueño.

—¿Quieren ustedes bañarse?

—¿¿Nosotros??...

Y tal y como se dispuso el plan llevóse a efecto, hasta llegada la noche, que ya don Javier no pudo más. ¡Eran muchos catetos! Además, como había desatendido el bufete durante todo

el día y tenía asuntos inaplazables que resolver, decidió que el matrimonio se fuera solo al teatro y quedarse él en casa, dándose a la pluma, mientras sus invitados pasaban la velada extasiándose con la obra de nuestro primer ingenio.

—Bueno, queridos amigos: mucho lo siento, pero al teatro no los puedo acompañar. Cuando termine la función los aguardará a la puerta Fermín el chofer, los traerá tan ricamente a casa, y a dormir, que mañana será otro día.

—Usté es mu dueño.

—Ahí van las butacas...

—¿Esto qué es?

—Las butacas.

—¿Las qué?...

—Pero, bueno. ¿Ustedes no saben lo que es un teatro?

—Nosotros, no, señó.

—¡Válgame Dios!... Pues nada: entran ustedes, les enseñan estos dos papelitos a un acomodador, él les dirá dónde han de sentarse y allí se están ustedes quietecitos y calladitos viendo la comedia, hasta que termine. Es cosa mu fási.

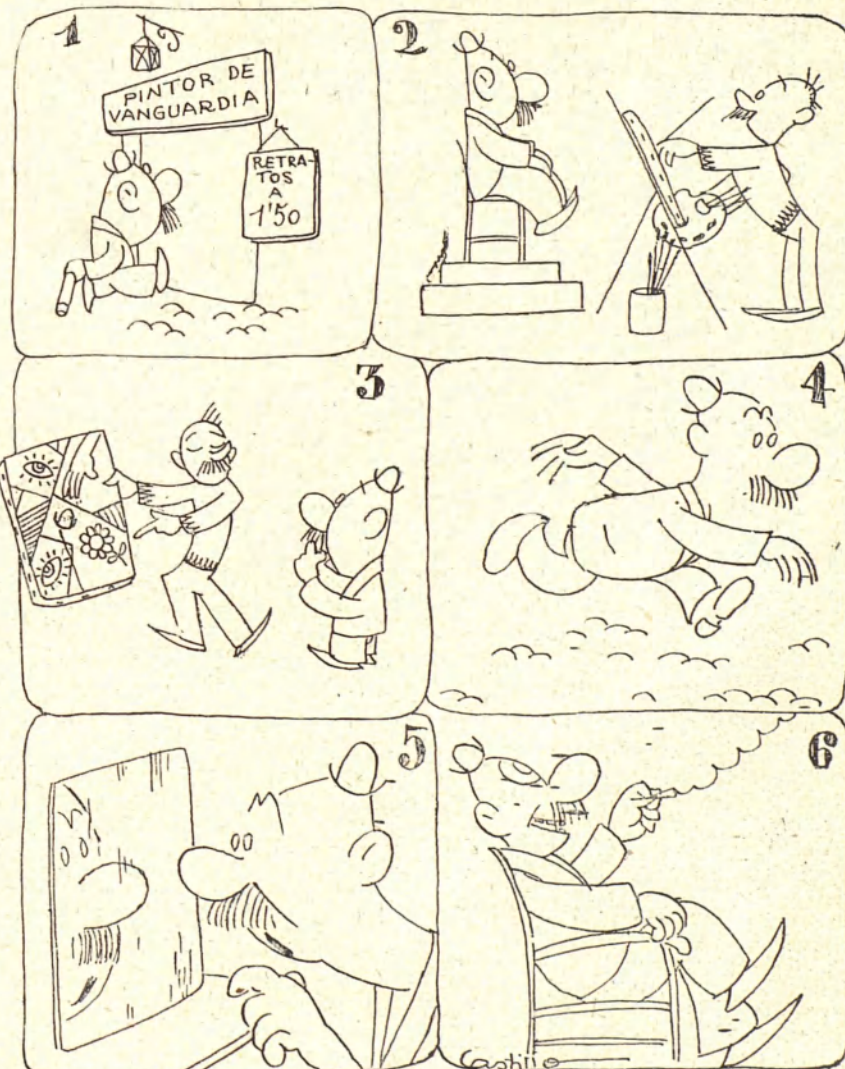
—¿Y cuándo se acaba?

—Al filo de la una. Salen ustedes, toman el auto y aquí en el bufete me encontrarán aguardándoles. ¡Vaya, que se diviertan ustedes mucho!

—Usté es mu dueño.

—¡Fermín: lleva a los señores a San Fernando! ¡Hasta luego, amigos! Y dando un suspiro de satisfacción

EL SUSTO PADRE



Historieta de CASTILLO.—Madrid.

y un resoplido de faquín recién descargado, se acomodó el bueno de don Javier en su sillón, ante su mesa, y la emprendió con la interrumpida tarea, con ánimo de recuperar el tiempo perdido.

Pero no había pasado media hora cuando apareció el matrimonio en el bufete.

—¿Eh? ¿Cómo tan pronto?

—¿Pa qué má?

—A ver, a ver... ¿Les ha pasado algo?

—A nosotros, no, señó. Muncha gen-

te había, pero aquí está la cartera intarta, como si tar cosa. ¡Na de partículá! ¡Salvada!

—¿Pero, cómo?... ¡Siéntense, cuéntemsel...

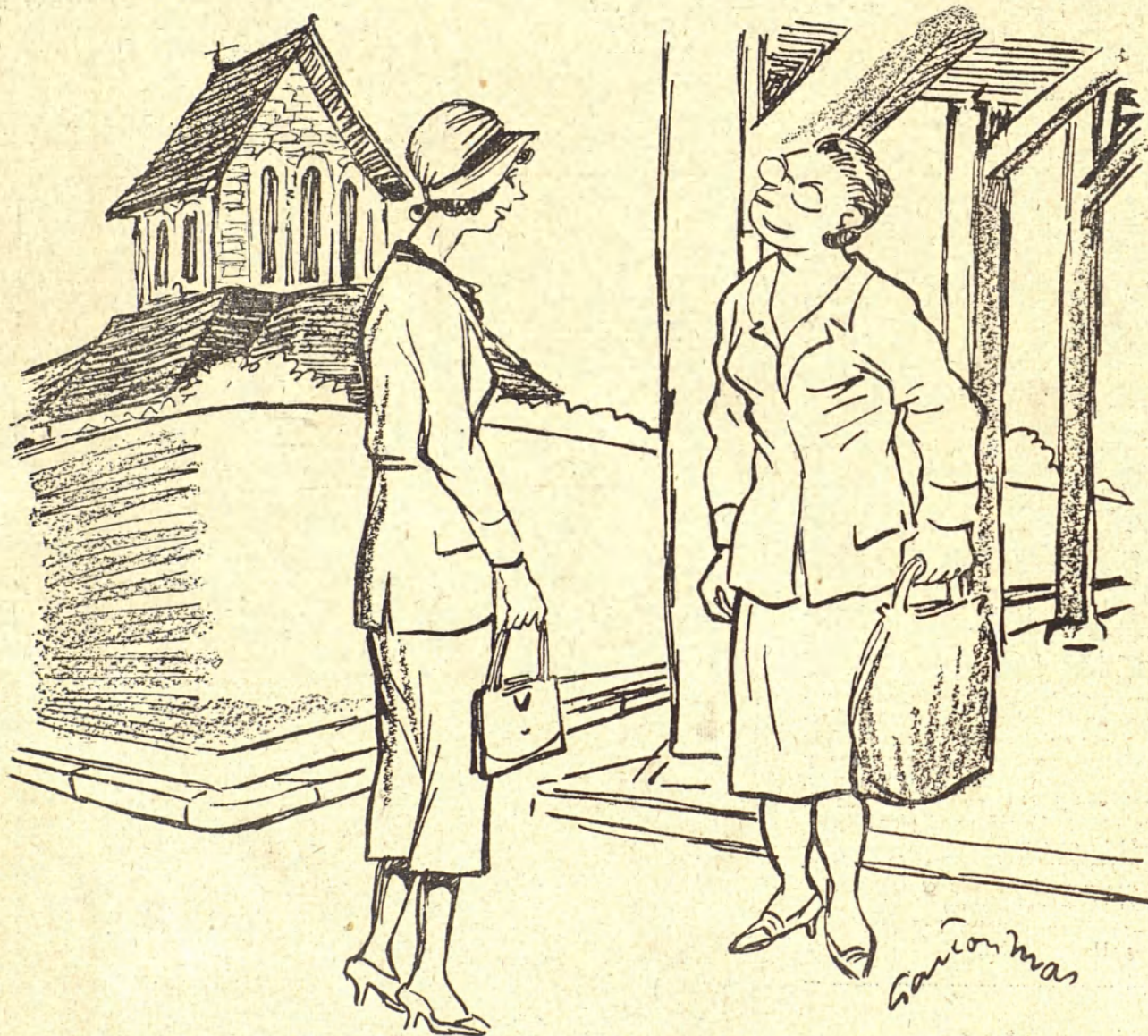
—Pos verá usté: ¡Qué cosa más grande es el pajolero treatro! ¡Mu bonito! ¡Y vaya luses! ¿Verdá, tú?

—Una jartá.

—¡Er señorío que ha entrao! ¡Vaya mujeres espechugás, vaya caballeros con futraques, vaya di y vení buscando sus sillones, y vaya bulle-bulle! ¡A tós los hemos visto! Yo me cansaba

de arrearle codasos a ésta pa desirle: ¡Fijate en esa mujé! ¡Arrepara en ese señó! ¡Deja pasá a este caballero! ¡Mira p'arriba! ¡Güerve la cabeza!... ¡En fin: un no pará; porque ha sío un no pará! Pero cuando más distraíos estábamos, cáatala' ahí que se apagan las luses, que nos dejan a oscuras, que sale enfrente un tablaio, y como allí ensima se pusieron dos hombres a hablá de sus cosas, le dije, digo a ésta: —Güeno: vámonos, tú. Y aquí estamos.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



—¿Sabe usted que ya ha vuelto mi marido de la India? Ha estado cazando tigres.

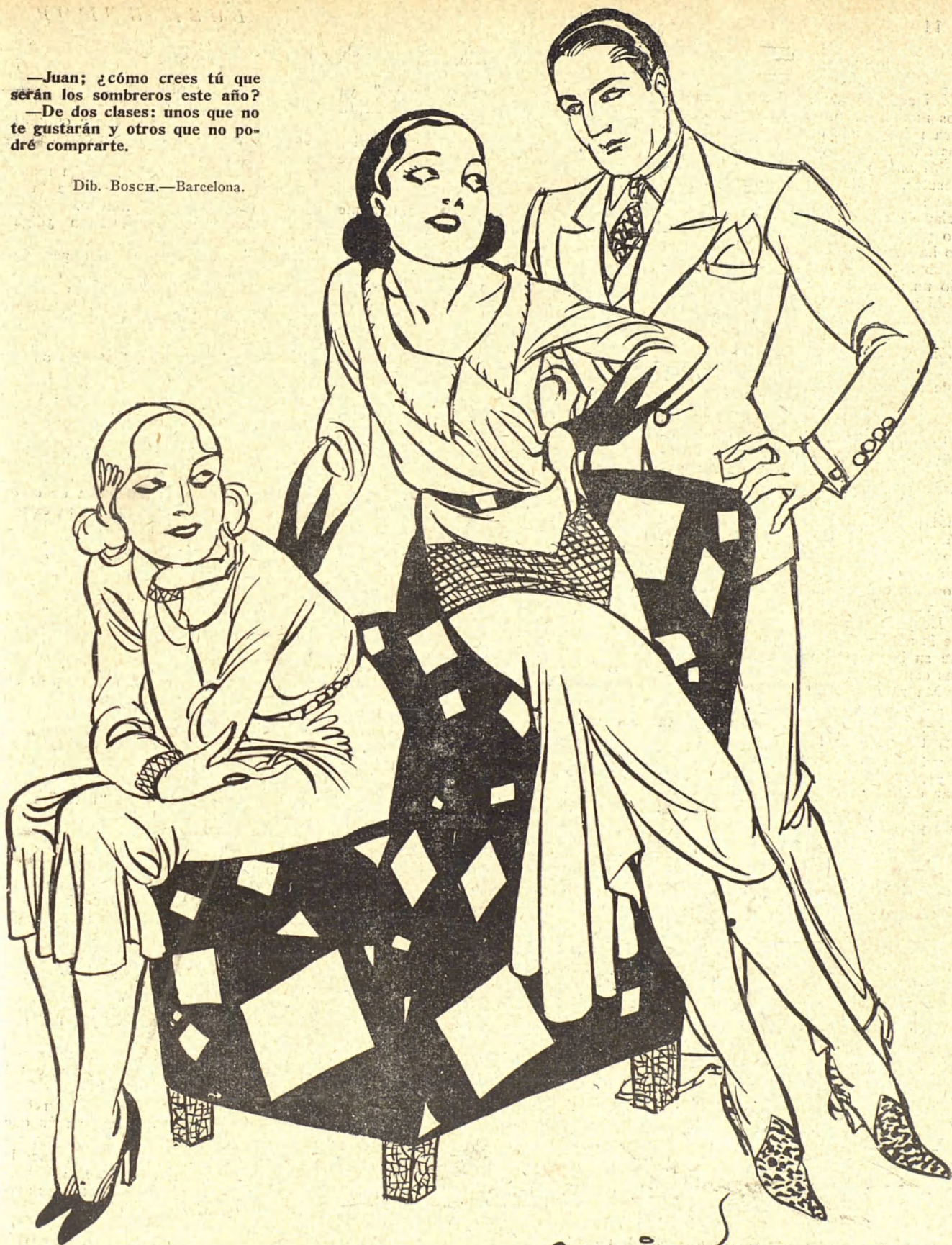
—¿Y tuvo suerte?

—Mucha; no encontró ni uno.

Dib. GASTON MAS.—París.

—Juan; ¿cómo crees tú que
serán los sombreros este año?
—De dos clases: unos que no
te gustarán y otros que no po-
dré comprarte.

Dib. Bosch.—Barcelona.



E L A M A

Mi compañero Regúlez pasa en estos momentos por la tragedia doméstica más grande que puedan registrar los anales de la vida familiar.

Mi amigo tiene tres mil quinientas pesetas, con descuento, y acaba de tener su primer hijo, al que no puede criar su esposa. El estado del pequeño primogénito es crítico, y el médico ha dicho, como medio inapelable de sacar al niño adelante, que es necesario un ama.

Al pobre Regúlez se le ha caído la casa encima, ha recordado cómo un quitame allá esas pajas la conflagración europea y se ha lanzado a la calle en busca de ese anfibio lechero que llaman el ama.

Ha recorrido las agencias, ha ido a las señas de cuantos anuncios ha leído en los periódicos, ofreciendo vacas humanas, primerizas, reprisadas, asturianas, gallegas, para casas de los padres y para casas de las amas.

Se le han abierto multitud de pechos, le han ponderado el néctar lácteo suministrable, y, por fin, ha encontrado una del Valle de Pas, fornida como un gañán, rosada y rolliza, con dos tanques lácteos que alimentaba verlos.

Después que la reconoció el médico, se le analizó la leche y se diagnosticó de su buen estado de salud, vinieron las condiciones a estipular con la presunta salvadora del angelito.

—¿Usted dirá, ama?

—¡Pos a una servidora no le gusta ser tirana, señor!

—¡Más vale así, mujer!

—¡A una servidora no le gusta abusar de los señores como "outras"!

—¡Entonces nos vamos a entender, me parece!

—¡Y leche fresca y "saluz" ya "pué ustez" decir que no encontrará "outra".

—¡Si ya lo ha dicho el médico!

—¡Porque "enfermedaz" no tuve más que una vez un trancazo!

—¡Eso lo tiene todo el mundo!

—¡No, si fué un trancazo que me arreó mi padre, que me tuvo quince días en la cama!

—¡Qué atrocidad!

—¡Y de "chequitita" una torta que me dió mi padrino!

—¡Por alguna travesura!

—¡No, si fué de aceite que se empenó en que me la comiera toda y me dió un asiento que en tres días no me pudieron levantar del asiento!

—¡Ah, ya!

—Y mis padres igual que dos robles. Mi padre, que tuvo un catarro una vez que vino a "Madriz" en un "ivierno mu" crudo, y mientras mi madre en el pueblo con otro!

—¿Con otro catarro?

—¡Sí, señor!

—¡Ah, vamos! Bueno, pero ¿quiere usted hacer el favor de decir sus condiciones?

—¡"Pos" poca cosa. Mire "ustez" de sueldo quince duros!

—¡Es mucho, ama!

—¿Mucho "pa" esta leche y esta gloria de "saluz"?

—¡Mucho para mí, ama! Ya comprendo que "ustez" vale más, pero es que los meses pasan, y luego...

—¡"Güeno" se lo dejaré en sesenta pesetas, pero ni un céntimo menos!

—¡Gracias, ama! ¡Yo no quiero pagar tanto, pero haré un sacrificio por el chico!

—¡"Mu" bien!

—¿Y de alimentación?

—¡Lo corriente!

—¿Lo corriente?

—¡Sí, si acaso algún tente en pie!

—¿El qué? ¡Porque esas cosas más vale hablarlas!

—¡No, si no es "ná"! Algún reparo, porque la que cría ya sabe "ustez" que se "digasta" mucho.

—¡Bueno, está bien! Pero ¿diga usted?

—¡"Pos pa" desayuno un par de huevos fritos con una miaja de jamón "pa" antes del café con leche, que parece que arma más! ¿Qué le "paece" a "ustez"?

—¡Sí, mujer, sí!

—¡Luego "pa" allá, "pa" las once, "pos" una "miaja" de caldo con una copa de Jerez dentro, que eso "pa" la leche es muy buenísimo!

—¿A las once?

—¡Sí, señor!

—¡Al mediodía lo de "tós", cocido, con "prencipio", después un buen filete con patatas y una taza de café con leche, que sienta mucho al estómago, y "na" más!

—¿"Na" más?

—¡Claro que a media tarde, y "pa" no llegar "estragá" a la cena, chocolate con unos bizcochos, y si hay jamón una loncha que "doblá" y "mojá" en el chocolate me gusta horrores!

—¡Y a mí! Gueno ¿y la cena?

—¡"Pos" la cena abundante, porque yo de noche como mucho!

—¡Y de día!

—¡Y un reparito "pa" después, con un vaso de vino y unas sardinas en lata o "escabechás" que dan mucha leche!

—¡Si es que no pone "ustez" ningún reparo!

—Yo, ¿por qué?

—Luego, al acostarme, tomo un tente en pie.

—¿Y para qué quiere usted un tente en pie si se va a acostar?

—Y por si me "dispierto" un vaso de leche que me dejen encima de la mesa de noche con unas galletas. ¿Me "paece" que no soy exigente?

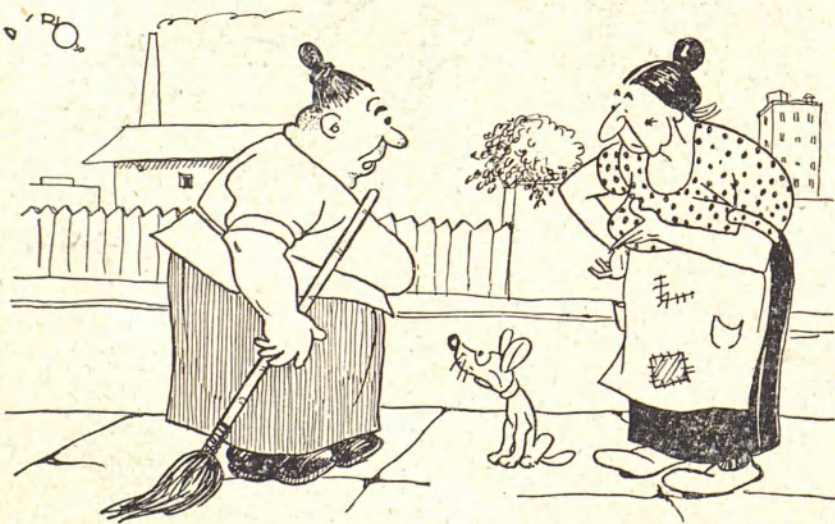
—¡Regular!

—¡Le "azvierto" a "ustez" que lo hago por la "creatura", "pos tó" eso por la teta le va!

—¡Ya, ya lo sé! ¡Pero... mire usted a mí se me ha ocurrido una cosa!

—¡"Ustez" dirá, señor!

—¡Pues que como yo soy un empleado modesto y no tengo más que catorce mil reales de sueldo y a mí no me alcanza para todo eso, pues le voy a dar a usted las tres mil quinientas pesetas y nos da usted de marinar a todos!



—¿Qué, se casa por fin tu hija con Felipe?

—Ca; ahora se ha "enamorado" del chico del panadero. Dice que no podría casarse nunca con un hombre que no "amase..."

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

ANTONIO PLANIOL

Mataespasa, 11 septiembre.



(La voz del señor.)—Dionisio, ¿qué hace usted mirando por la cerradura?

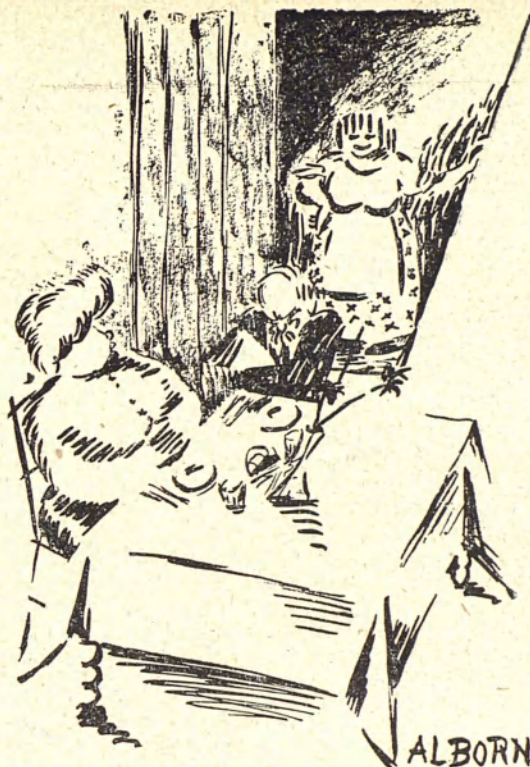
—Señor; es que hay ladrones. Estoy vigilando para que no se lleven mi ropa. La de el señor ya se la han llevado.

Dib. XIRINIUS.—Barcelona.



—¡Y luego quería hacerme creer el médico que el agua no hacía daño!

Dib. URDA.—Barcelona.



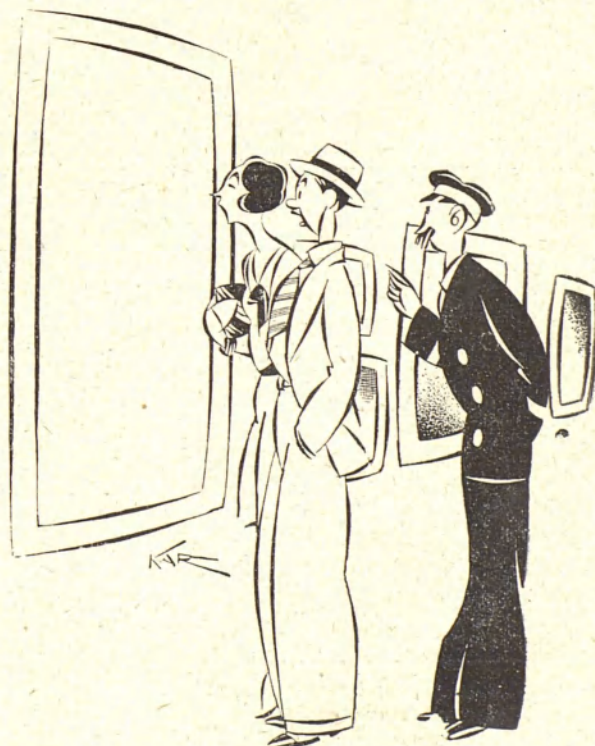
ALBORNOZ.

—Señora, "alea jacta est."

—¿Pero qué dices, mujer?

—¿No quíe usted que sea fina? Digo que ya está lista la jalea...

Dib. ALBORNOZ.—Madrid.



—¿Cómo es que en este lienzo no hay nada pintado?

—Es la obra póstuma del gran pintor Rodríguez.

Dib. KAR.—Valencia.

Principio de curso

Ya con las primeras lluvias se terminó el veraneo y también las vacaciones estudiantiles.

En cierta población de Extremadura, cuyo nombre no hace al cuento, hay en casa del alcalde animación y trasiego, porque se vuelve a la corte Nicanor, el primogénito, que acabó el bachillerato y empieza a estudiar Derecho. Está tan ufano el padre que no cabe en el pellejo, y está la madre orgullosa, porque es el mozo un modelo. "Cerrado en su gabinete estuvo el verano entero, repasando sus libros; siempre leyendo... leyendo..." (Digamos entre paréntesis que eran los libros aquellos... ¡novelas detectivescas! La verdad es lo primero.) En la cocina preparan la merienda. Yo sospecho que si fuese a Buenos Aires el estudiante extremeño, de fijo no llevaría tantísimos alimentos. Medio kilo de merluza, una pata de carnero, dos tortillas de patatas, cada una de cuatro huevos,

dos empanadas, seis tortas, veinte chorizos ¡y un queso! El baúl y la maleta va llenando con esmero la madre.

—¡Que no se olvide ponerme los libros dentro! —grita el muchacho.

Descuida; que aquí a la mano los tengo. —¡Los libros! ¡Por Dios, los libros! Y el señor alcalde, oyendo expresarse así al muchacho, está loco de contento. —¡Es un mirlo blanco! —dice. Bien puede servir de ejemplo a esos vagos que no estudian, que jamás tienen apego por los libros, que no piensan más que en bailes y en jaleos. ¡Qué empeño tiene!... "¡Los libros! ¡No se queden en el pueblo! ¡Meterlos en la maleta; no tengan que ir por correo!... No quiere perder un día. ¿Cómo un día? ¡Ni un momento! Este chico es una alhaja, ¡Llegará a la cumbre!

Cleto, el primo del boticario, que oyó al padre todo esto, luego, a solas con el chico, le dijo: —No te comprendo. Pero ¿qué libros pedías? —Los de la carrera.

—Pero...

—¡Los de texto!

—¡Yo me asombro! —Pues los pido y los detesto. Mira, no seas inocente. Yo esos libros ni los leo; pero me son necesarios. No te asombres y oye atento. En Madrid un estudiante, aunque le manden dinero de su casa, siempre tiene sus apuros.

—Ya te veo de venir.

—Ahora es octubre... ¡Nada! Hay dinerito fresco de casa. Noviembre... ¡Nada! Diciembre..., enero..., febrero..., Carnaval... ¡Esto varía! Aquí hacen falta lo menos diez duros de extraordinario. Pues cojo los libros esos, que son caros, que se buscan, y... pím, pam... ¡Jacometrezo... —¿Cuánto da usted? Doy catorce. —Quince. —Catorce. —¡Pues hecho!" ¡Inmediatamente al baile de máscaras! Me divierto como no tienes idea y... Mi padre paga luego. Habrás visto claramente con todo lo que te he expuesto, que no soy yo, ¡¡son los libros los que sí tienen empeño!!

FELIPE PEREZ CAPO



Ella.—Ya lo sabes; hemos terminado. No tengo nada que decirte. El (hombre de experiencia). —Muy bien; pero sé breve.

Dib. MOLL.—Madrid.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

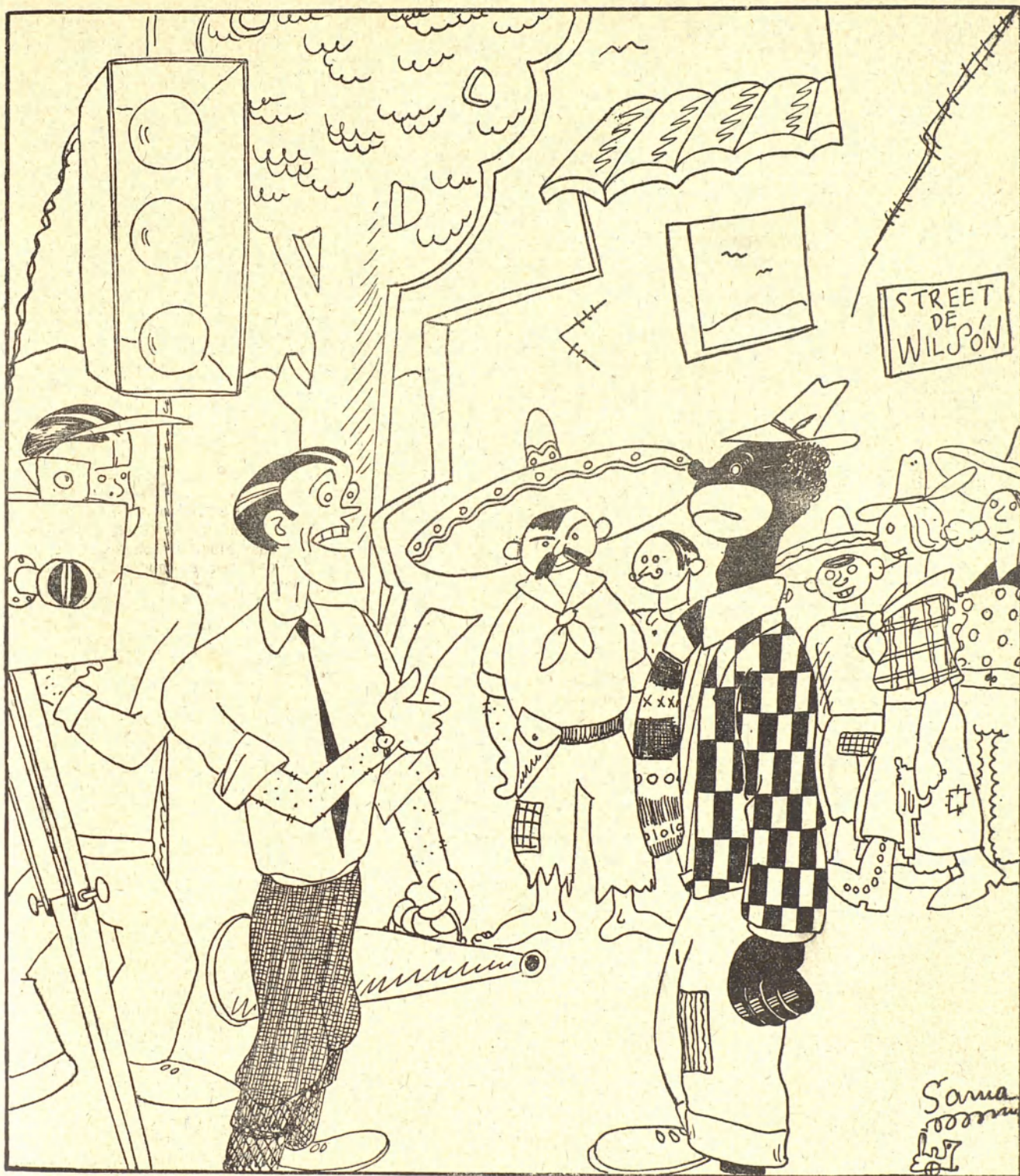
ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA



El camarero.—Esta peseta tiene mala cara.

El parroquiano.—¿Qué cara quieres que tenga, con lo que ha perdido la pobre?

Dib. GOMIZ.—Madrid.



—¡Ah! Pero ¿es usted el negro que esperamos para comenzar a rodar? ¡Podía haberlo dicho y no hacernos esperar dos horas!

Dib. SAMA.—Los Angeles.

Comentarios inocentes de "BUEN HUMOR"

Diestro, según el diccionario de la desatada lengua española, es el sujeto que demuestra competencia completa en el oficio u ocupación a que se dedica.

Diestro es el chofer que no atropella (o que atropella con ciencia), el bombero que no se quema (aunque discutan con él), el malabarista que no rompe platos y el cocinero que no permite que delante de él se peguen las judías. En cambio, no es diestro el que padece frecuentes equivocaciones y realiza repetidas birrias en el ejercicio de su misión.

Por ejemplo, *Cagancho* no es diestro, aunque lo juren por su salud todos los empresarios de toros de España.

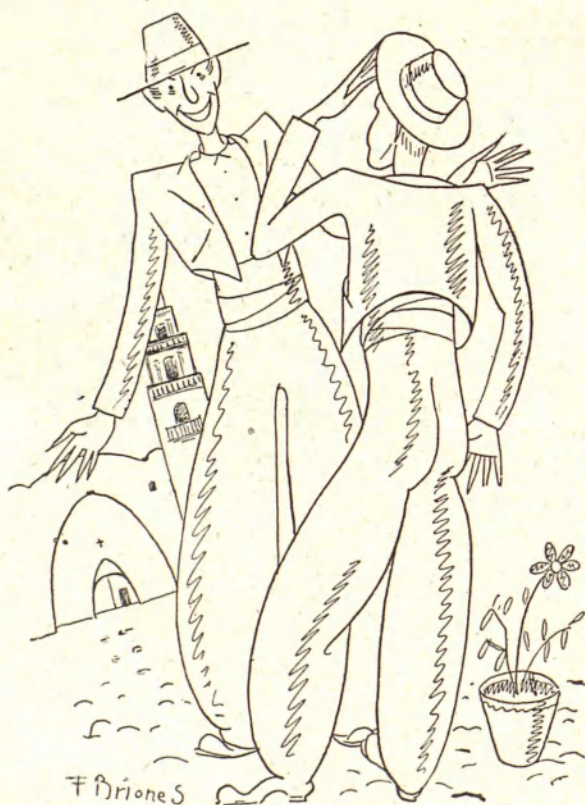
Se ha averiguado que todos esos colares que venden esos chinitos que an-

dan por ahí, cuando les dejan, proceden de las joyas de la antigua familia imperial china.

Aprovéchense, pues, lectores y lectoras, de la ocasión que se les presenta de poseer esos tesoros chinos por doce cochinos reales.

La pluralidad de los mundos sólo es un hecho cierto en los establecimientos donde se venden baúles.

Lo que dice el hombre cuando le han tomado el pelo treinta años seguidos los amigos, le han sacado el dinero las amigas y no puede salir por las noches de casa, porque le da una tos asmática que monda, se llama experiencia.



- ¿Y de qué murió?
- De un colapso.
- ¿De un?...
- Sí, hombre; de un colapso que le dió un aeroplano.

Dib. BRIONES.—Madrid.

¡Manía tontísima de calificar con una palabra fina al hecho de hacer el *primo* categóricamente!

Generalmente, los montes tienen sus faldas, verdad conocida por los geógrafos, por los que no quieren discutir y por los alpinistas que cometen la tontería, la primada y la leve necedad de subir por ellos (y no digo que cometan la ligereza, porque suben muy despacio).

Ahora bien: un monte, por mucho que se esfuerce y por estúpido que se ponga, no puede tener más que cuatro faldas, una por cada punto cardinal, y gracias.

Y por esta razón resulta asombrosísimo que exista en el mundo un monte que posee miles de faldas, sin que nadie se haya fijado en ese fenómeno...

Y ese monte es el Monte de Piedad, y las faldas aludidas son las innumerables faldas que se pignoran en él al cabo del año por sus infelices o desprecupadas dueñas, ¡que de todo hay!

Una de las cuales es una buena amiga mía, que la empeñó por eso precisamente: ¡por ser una amiga demasiado buena!...

Un poeta, de aficiones orientalistas, ingresó hace días en un quiosco de necesidad, impelido por la fatalidad (llamaremos así a la fuerza oculta que le arrastró a aquel lugar).

El hombre, dominado por ese deseo tan corriente de escribir en las paredes de esos aposentos, grabó con lápiz las siguientes palabras, en las que se descubría su alma de trovador:

"El perfume de la flor de loto invade los parajes por donde paso..."

Y un momento después, un viajante catalán que ocupó el lugar que dejó vacante el poeta, escribió esta réplica:

"¡No me gusta nada el perfume de la flor de loto!... ¡¡Es francamente intolerable!!..."

Estos días hemos sido testigos de un absurdo formidable que nos ha arrugado el peroné de sorpresa.

Nos han enseñado un retrato de Mussolini, y resulta que lleva camisa blanca.

Y acto seguido hemos visto a un golfo, popular en Madrid, y que es comunista de afición, y llevaba la camisa negra.

Si alguien nos explica este lío de in-

dumentaria política, le quedaremos ra-
biosamente agradecidos.

* * *

Copiamos de un periódico de una, importantísima y robusta ciudad castellana la siguiente serie de preciosidades noticieras, que juramos por nuestro honor y por el deshonor del que no lo tenga que es absolutamente cierto que las acabamos de leer en el susodicho y valiente diario:

“NOTICIAS DE AYER.—Se ha celebrado el anunciado enlace de la bella señorita Pepita Prieto con el consecuente joven Ricardo Santurce (*née* Pérez). La ceremonia fué magnífica y los invitados a ella y al banquete hicieron votos porque se repitiera. Los novios se quedarán en esta capital, de la que saldrán mañana con rumbo a Roma y otras ciudades españolas.

Por la noche cayeron varios chu-
basco.

El catedrático señor Manzano está también en el lecho con un fuerte catarro.

Dentro de poco se anuncia un paro."

ERNESTO POLO

Chistes de todo el mundo

El borracho (gritando.)—¡ Enrique, Enrique!

El guardia.—No debe usted alborotar tanto en la calle.

El borracho.—Es que estoy llamando a mi amigo.

El guardia.—Bueno; pero no hace falta armar tanto ruido.

El borracho.—Es que mi amigo vive en Moscú.

(De *Moustique*, Charleroi.)

—¿Por qué llevas esa pata de liebre en el bolsillo del dinero?

—Porque da mucha suerte.

—¿Y has conseguido algo?

—Sí; mi mujer me registró anoche y creyó que había un ratón.

(De *Irish Independent*.)

El doctor sonríe al entrar en la habitación.

—Parece que hoy se encuentra usted mejor—dice al enfermo.

—Sí, doctor, seguí al pie de la letra las indicaciones del frasco de la medicina que me recetó.

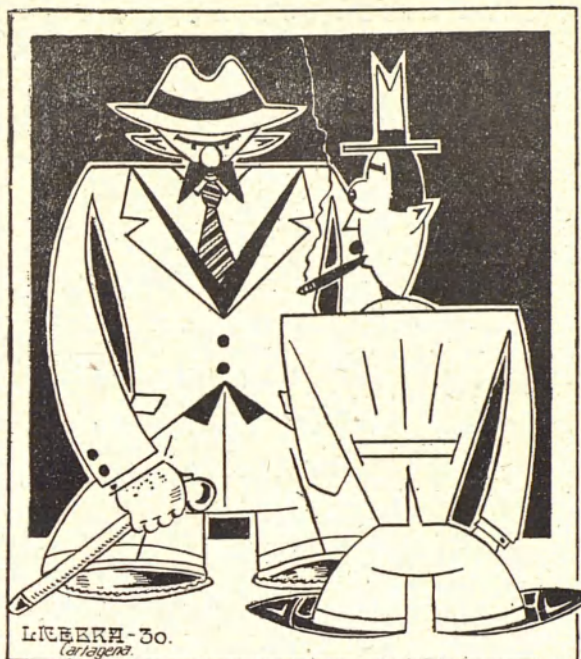
—¿Cuáles eran?

—Tener el frasco siempre bien tapado.
(De *Nebelspalter*, Zurich.)

—¿Dice usted que compró un aparato de radio para que los chicos se quedaran en casa por la noche?

—Sí. Ahora no salen hasta que el "spiker" dice "Buenas noches".

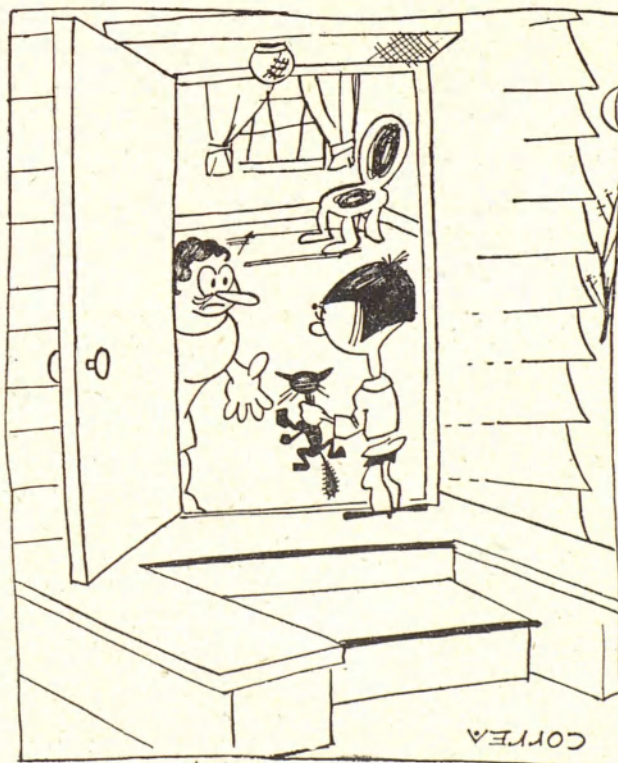
(DeLegion Weekly.)



—¡Es que hay que comprender que hoy se vive muy de prisa!

—¡Dígamelo a mí, que vivo en un segundo!

Dib. LICEBRA.—Cartagena.



—¡Mamá, mamá! No nos han robado el gato; lo he encontrado en el tejado.

—¡Mala suerte! ¡Ya tenía yo segura la pista del ladrón!

Dib. CORREA.—Madrid.

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTOS JUDIOS

Schmul visita a un señor con objeto de presentarle sus cuentas. Lo encuentra sentado a la mesa, comiendo jamón. El señor le recibe afablemente.

—Me alegro de verte, Schmul. Siéntate a la mesa; vas a comer conmigo un poco de jamón.

—Excusadme, señor; pero mi religión me lo prohíbe.

—Pues acepta un vaso de vino y brindemos.

—Excusadme, señor; pero mi religión también me lo prohíbe.

—¿Por qué?

—Porque el vino tiene alcohol.

—¿Pero no os lleváis nunca a la boca ningún licor?

—Sí, señor; algunas veces.

—¿Cuándo?

—Cuando nos encontramos en peligro de muerte.

Pasan unos instantes. De repente se levanta el señor y, rojo de cólera y blandiendo su revólver:

—Si no te bebes ese vaso de vino, te mato.

Schmul se lo bebe.

—¡Bébetelo éste también!

Schmul obedece temblando. El señor vuelve a sentarse y después dice, sonriendo:

—Ha sido en broma... ¿Supongo que no me guardas rencor?

—Sí, señor; le guardo rencor.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? Es muy sencillo: ¿Por qué no ha hecho usted lo mismo con el jamón?

En clase.

—Dios está en todas partes—enseña el profesor judío.

—¿Hasta en su tintero?—pregunta el pequeño Wolf.

—Incluso en mi tintero.

—¿Y en mis zapatitos?

—También, hijo mío.

—¿E incluso en el granero de mi casa?

—También, hijo mío.

—¡Pues yo le digo que no está!

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Le digo a usted que no está por la sencilla razón de que no tenemos granero.

Iossel necesitaba mil rublos para un magnífico negocio; pero no hay quien quiera prestárselos, porque tiene la costumbre de no devolver nunca lo que le prestan. Va a ver al rabino y le pide consejo.

El rabino aconsejó a Iossel que fuera a pedirle perdón a Dios por todos sus pecados y le rogara fervoro-

samente que le procurara los mil rublos que necesitaba. Si eres sincero, Dios te escuchará.

Iossel se marcha sin perder momento y reza.

—Dios de mis padres, escúchame. Necesito mil rublos para comprar huevos que venderé después en dos mil rublos. Haz un milagro. Envíamelos. Colócalos aquí, a mi lado. Juro por tu santo nombre que daré doscientos rublos para tu templo. Escúchame. Y si es que no tienes confianza en mí, dame ochocientos rublos tan sólo, y guárdate el resto.

El zar pasó en una ocasión revista a un regimiento, y dirigiéndose a un soldado le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—David Berstein, Majestad.

—¿Eres feliz?

—¿Cómo quiere Vuestra Majestad que lo sea? Judío, no puedo abandonar el territorio en que estamos encerrados, no puedo irme a Moscú, no puedo estudiar, no puedo llegar a ser oficial, no puedo expresar libremente mis opiniones, no puedo alimentar a mi familia, no puedo...

—¡Vamos, Berstein! ¿Te figuras acaso que yo soy feliz? Mis ministros me roban, mis consejeros me engañan, se traman constantemente complots contra mí, vivo aislado y soy tan digno de compasión como tú...

Entonces el soldado, conmovido, dice:

—¿Quiere Vuestra Majestad que le diga una cosa? ¡Vámonos a Nueva York los dos juntos!

Yankel vuelve de la guerra. Sorelé, su mujer, le recibe alegremente. Después le dice:

—¡Av, Yankel, no sé cómo vamos a vivir! La maldita guerra nos ha aniquilado: yo misma no puedo ya más, y nuestro comercio está totalmente arruinado. ¿Qué vamos a hacer?

—No te quemes la sangre, Sorelé. Tengo una idea.

—¡Ah! ¿Cuál?

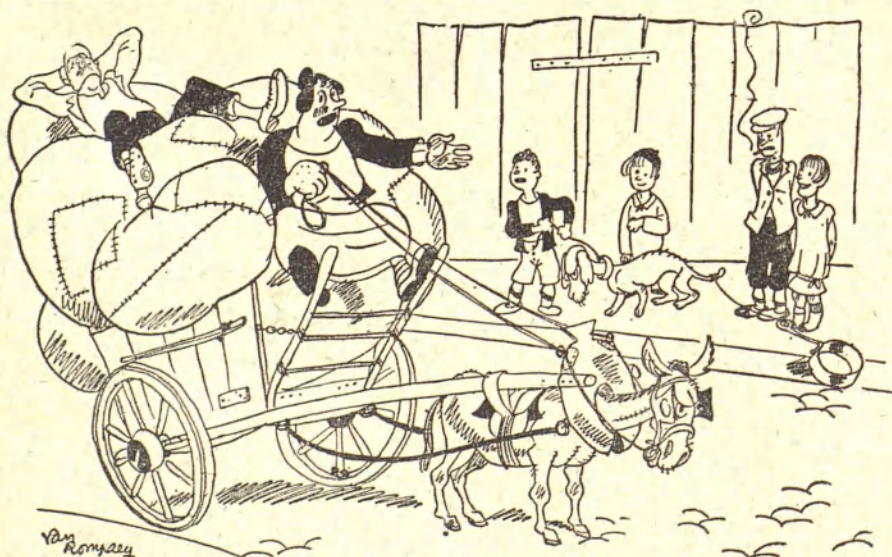
—Voy a escribir un libro que obtendrá un gran éxito.

—Un libro, tú?

—Sí.

—¿Cómo lo vas a titular?

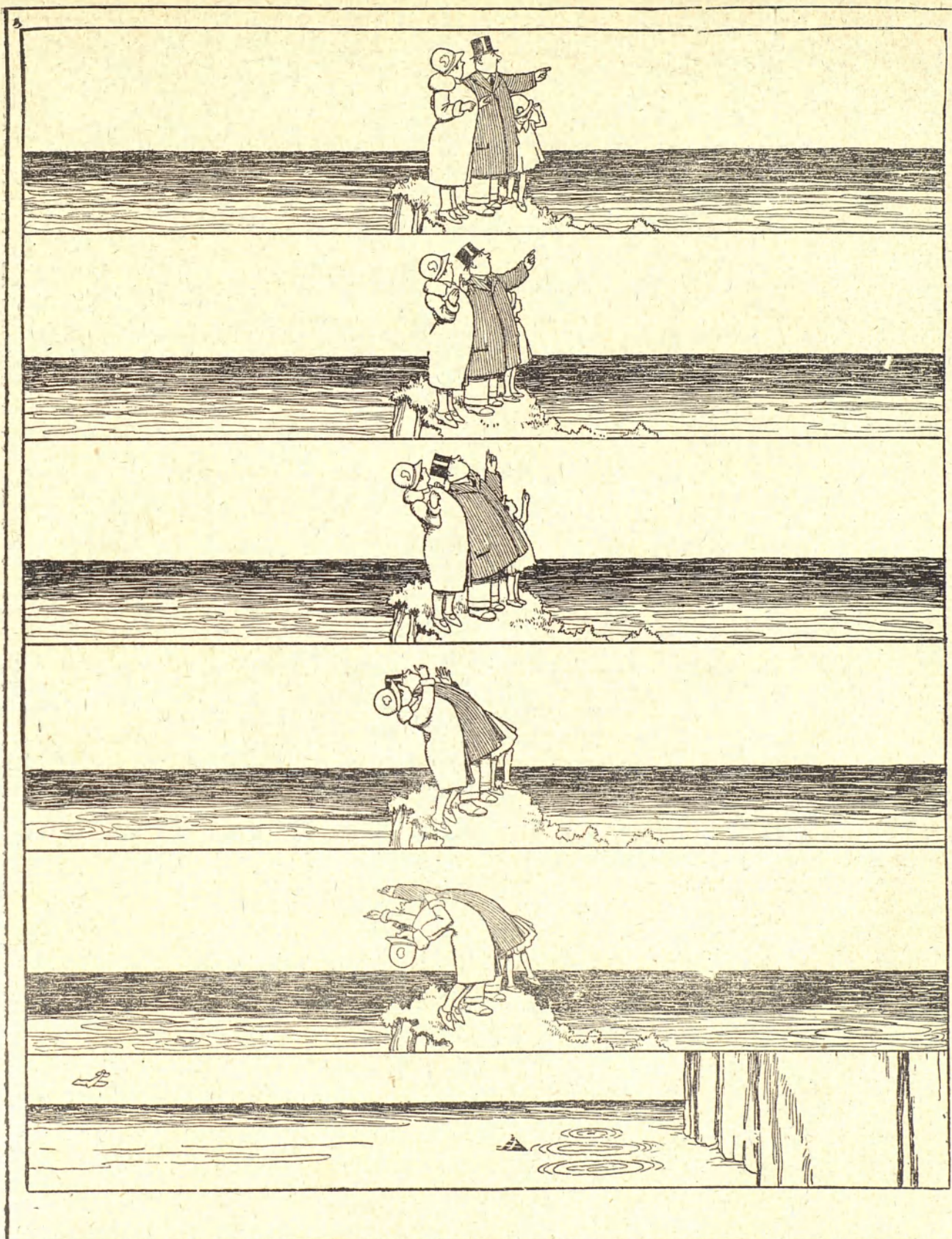
—Cuatro años entre los cristianos.—Sus usos y costumbres.



LA PAJA EN EL OJO AJENO

—¡Bandidos! ¡Salvajes! ¡No hagáis sufrir al pobre perro!...

(De Le Rire.—Paris.)



EL AEROPLANO

(De The Humorist.—Londres.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese *para el concurso*. Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Un mendigo, provisto de un enorme trombón, pide limosna a la puerta de una iglesia.

Le socorre un caballero, rogándole que toque algo.

—Yo no sé tocar.

—Entonces, ¿para qué quiere ese instrumento?

—Es solamente una amenaza, señor.

José Luis (Valladolid).

En la Comisaría:

—¿De modo que la agresión fué con arma blanca?

—Sí, señor comisario. Este hombre me dió un golpe con una botella de leche.

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).

Cuando un famoso actor contemporáneo estaba en los comienzos de la carrera, fué contratado a un pueblo donde existía una cuadrilla de pollos graciosos cuya diversión consistía en obsequiar con frutas

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto.

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.
FUENCARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

y hortalizas variadas al desgraciado comediante que se deslizaba en lo más mínimo.

La noche del debut, turbado nuestro héroe por el miedo, cometió un tremendo "lapsus linguae" que encontró como eco una burlona carcajada.

Un minuto después caía al escenario, desde las alturas, una descomunal calabaza.

El actor la coge entre sus manos y, adelantándose al

proscenio, dice con tono humilde:

—Respetable público: Yo esperaba que mi trabajo agradase, pero nunca pude sospechar que el entusiasmo hiciera a nadie perder la cabeza.

Vicente de Castro
(Canillejas).

En el recreo de una escuela:

—Ayer—contaba un chiclelo a otro—estuvimos de cam-

po y, después de divertirnos la mar, "merendemos"...

—¡Atiza! ¡Pues sí que haces caso de lo que dice nuestro maestro! Fíjate bien: no se dice "merendemos"; es merendamos...

—¡Eso quisieras tú!—replica el interpelado—. "Merendemos", que ni tú ni el profesor estábais!...

Mozan Giaremo (Madrid).

El cartel anunciaba "Muérete y verás".

Al volver el asistente, le preguntó el amo:

—¿Qué comedia echan?

Y el interpelado, por no perder el respeto a su superior, contestó:

—¡Muérase usía... y verá!

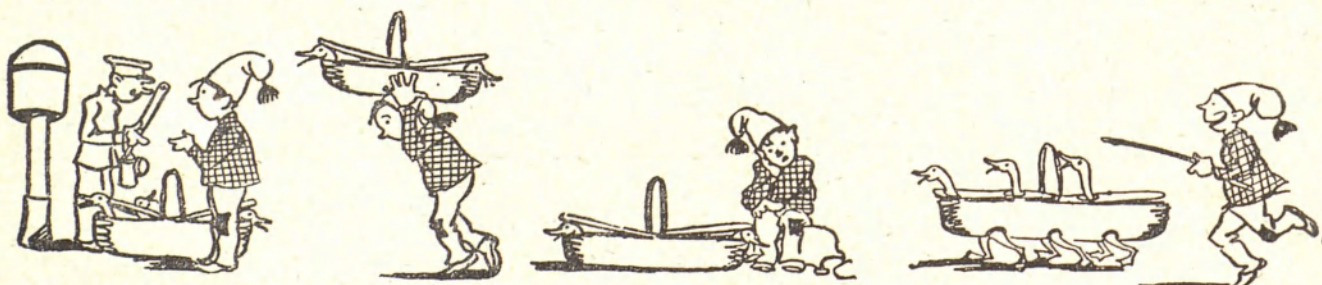
K. K. O. (Castellón de la Plana).

Un sujeto enfermo de gravedad recibe la visita de un

RADIOTELEFONIA

Aparatos de galena desde 5 pesetas. Aparatos de 1 a 7 válvulas. Aparatos para corriente industrial.

ROMERO.—Fuencarral, 68.



UN NUEVO MODELO DE TRIMOTOR

(De Fire.)

sacerdote, que comienza a confesarle preguntándole:

—¿Cuántos Dioses hay?

—¡Uno!—contesta el enfermo.

Al año siguiente de nuevo cae enfermo Juan, y es el mismo sacerdote el encargado de tomarle confesión.

—Vamos a ver, Juan: ¿cuántos Dioses hay?

—¿Pues? ¿Hay novedad, o qué? ¡El año pasado sólo había uno!

Alfredo S. M. (Bilbao).

—¿Cuál es el animal que mejor se domestica?

El mosquito, porque sólo con pisarle hace uno lo que quiera de él.

Justo Urbistondo (Madrid).

CANTARES

Me estoy muriendo por ti,
y tú no ves que me muero
y que me puede curar
la luz de tus ojos negro.

Nadie ignora en el mundo
que tras el primer beso...
rápido va el segundo.

Cuando yo esté en la agonía
deja que bese tus rizos;
junta tu cara a la mía...
¡Verás qué patá te atizo!

Era muy presumida de talle
y altiva en el mirar,
de esas miradas tan fijadas
que hacen los ojos bajar...
La fijeza era en un ojo
que llevaba de "cristal".

Tienes peluca postiza
y llevas pata de palo,
y dices "que estás al pelo"
y que andas "por buenos pasos".
José DOZ

—Yo he viajado por toda Europa—decía un andaluz.

—¿Y ha visto usted el león de San Marcos, en Venecia?

—Ya lo creo; precisamente lo vi en el momento en que le daban de comer.

El licenciado Arlabán (Madrid).

—Ahora que has aprendido a conjugar los verbos, amigo Escudero, dime: la frase "el cielo está sereno y el sol luce espléndidamente", ¿en qué tiempo está?

—Pues... en buen tiempo.

Licenciado San Román.

En la perfumería:

El perfumista, que por cierto es calvo, a la clientela, mostrándole un frasco:

—Con este producto, el noventa y nueve por ciento de los que lo han usado han obtenido una hermosa cabellera.

—Y usted ¿no lo ha usado?

—Sí; pero yo hago el número ciento.

Mateo Pascual.

Fifi está en una tómbola, y se le acerca Pocholo.

—Oye, cómprame este numerito para la rifa de mañana, que es seguro que sale...

—¿A ver?... Sí, bonito número; no puede fallar; éste sale mañana...

Y siguieron hablando tan

entusiasmados, que Pocholo no se dió cuenta de que con el numerito hizo una bolita y se la tragó...

Hércules (Enguera).

—¿En qué profesión se equivocan menos en las cuentas?

—En la de los conductores de "taxis", porque llevan un "contador".

Benjamín López (Madrid).

—Por fin tu hijo, ¿qué carrera sigue?

—Se ha decidido por las armas, y lo tengo en Toledo.

—¿En la Academia de Infantería?

—No; en una cuchillería.

Pompas fúnebres (Enguera).

Profesor.—Vamos a ver, ¿qué se diferencia la seta del hongo?

Alumno.—Pues en que el hongo se pone en la cabeza y la seta no.

Mona (Sevilla).

—¿Te apellidas Martínez?

—No; yo soy Primo.

—Pues dame dos pesetas.

Domingo de Ramos (Salamanca).

—Pues yo, a pesar de ser mi padre, no bebo nunca detrás de él en la misma botella...

—Sí; eso es muy antihigiénico...

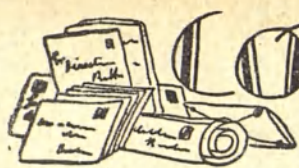
—No; eso sería lo de menos. ¡Es que no deja ni gota!

Pietín (Enguera).



El señor Tomasetti va de pesca.

(De Fliegende Blaetter.—Munich.)



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



D. J. (Cuenca).

Eso que usted llama cuento bien claramente denota que no tiene usted talento ni para hacer el idiota.

C. A. Q. (Alhama).

Lo que este eminente vate nos envía desde Alhama es un feroz disparate que dice que el chocolate es mejor que la mojama.

¡Y tan infame comparación no estamos dispuestos a tolerarla mientras nos queden unos minutos de vida!

Quirós (Madrid).

Verte no quiero, Quirós, en una calle apartada, porque te juro por Dios, como uno y uno son dos, que te atizo una morrada.

E. C. M. (Irún).

Este prosista brutal que hace la prosa en Irún, es un pedazo de atún realmente fenomenal.

A. L. V. (Segovia).—Nos tomamos la libertad de copiar una de las más trascendentales afirmaciones que sienta usted en su poesía pesimista y dolorida.

Dice así:

"El frío que hace en Siberia es una cosa muy seria."

Y, con el mismo derecho que usted, vamos a permitirnos decir otra verdad tan indiscutible como esa, y que es la siguiente:

El calor que hace en la Mancha es una cosa que plancha. [cha Después de lo cual nos quedamos tan tranquilos como usted. Y, como usted, dispuestos a seguir versificando hasta que se hunda la bóveda celeste y nos coja debajo.

Don Ventura (Sevilla).

Los versos de Don Ventura se han marchado a la basura.

J. G. N. (Centa).—Su artículo tiene varios terribles inconvenientes; y el principal es que es más largo de lo tole-

rable, y fatiga innecesariamente la insensata y constante repetición del mismo motivo.

T. B. de P. (Aranjuez).—

A pesar de la fuerza hercúlea que desarrollan los personajes de su cuento, el cuento en sí resulta exageradamente flojo. Y esta clase de anemias no hay doctor que las cure con facilidad.

M. G. M. (Valladolid).

¿Conque es tan guapa María que a los transeúntes para? ¡Y yo que no lo sabía, siendo una cosa tan clara!

¡Si seré idiota!
¡Bueno, y usted también, para qué vamos a andarnos con disimulos ni tonterías!...

El interno (El Escorial).

¡Lo que nos manda este interno [terno es para mandarle al cuerno!

Galo Galiana de Galindo y Guindalera (Puerto de Santa María).—Para los seudónimos largos tenemos aquí unas con-

testaciones cortas que son una preciosidad.

Un ejemplo:

¡¡Burro!!

Y llamamos corta a esta contestación porque resulta que con ella nos quedamos cortos realmente.

Caporal (Santander).

Su crónica "Fin de estío" es una gran tontería.

¡Mándesela "usté" a su tío o a su tía!

F. D. A. (Madrid).

No podemos publicar su artículo titulado "Manuel, loco de atar", que es largo como un pecado (de esos que "usté" habrá notado que se pueden alargar).

J. J. D. (Madrid).

Tiene usted muy poca vista, y en sus cuartillas se ve, para hacer esa conquista de que ahora presume "usté".

¡Verá usted qué "calabazas" tan formidables y horripilantes le esperan!

Granota (Buenos Aires).

¡Eres, amigo Granota, un animal de bellota!

Y perdona que te hable con esta franqueza; pero no seas tan animal y tendrás mucho gusto en hablarte de una manera más fina.

E. L. B. (Zamora).

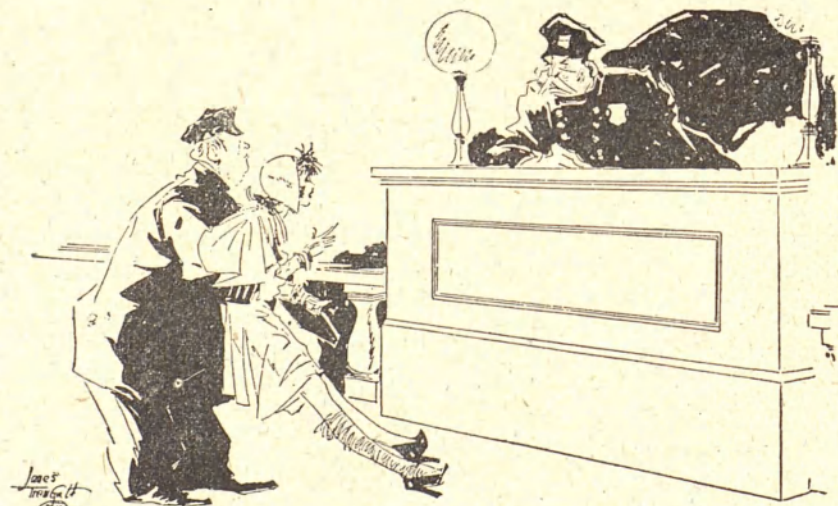
Dos artículos nos manda este señor, diligente.

El titulado "El demente" no nos gusta; pero ¡anda, que el titulado "El ausente" pesa más que una bufanda en agosto incandescente!...

Y, además, los dos acaban en "ente", que es una cosa así como un tocayo del furioso autor...

E. L. P. (Cáceres).—Se publicará su gansada, sí, señor; porque otras hay peores, y no ocurre ningún cataclismo con que se estén publicando constantemente por ahí.

Facundo (Madrid).—¡Adiós, Facundo!... ¡Y a ver si no vuelves más en tu vida!...



—¿Tomó usted el número del automóvil que le atropelló?

—No, señor inspector; pero la mujer que estaba dentro llevaba sombrero azul, collar imitación marfil, guantes de Suecia, abrigo de astrakán, medias tostadas y zapatos piel de cocodrilo...

(De Jude.—Nueva York.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas — Madrid

BUEN HUMOR



—¡Vamos, si es la señora Adela!... Pues, hija, desde lejos creía que era el carro de las verduras...

Dib. CASERO.—Madrid.